

La sutileza en la construcción de una imagen del mundo

Antonio Heredia

Hace unos años encontré, leyendo el original opúsculo de Rafael Argullol *Breviario de la aurora*, la siguiente lacónica definición de sutileza: celebración del silencio. Confieso que desde entonces he vuelto en ocasiones a dicho libro y siempre me ha producido una especial perturbación esa misteriosa y personalísima definición. La RAE define lo sutil como adjetivo de lo fino, delicado y tenue. Y en una segunda acepción como agudo, perspicaz, ingenioso. Me pregunto qué conexión habrá entre ambas definiciones. Más aún, ¿qué es lo sutil en nuestras vidas?

No cabe duda que la sutileza forma parte de la creatividad humana; una capacidad, como otras tantas, de nuestro cerebro que ha sido conseguida por los caminos tortuosos de la evolución. Cuando nuestro ejercicio de recogimiento es fino, delicado y atento, aparece la mágica secuencia de percibir y sentir, de aprehender y poseer intelectualmente y, finalmente, de plasmarlo de algún modo, de crear en suma. Así llevamos miles de años creando palabras, metáforas, combinando sutilmente colores y formas, contando historias, creando música; haciendo y creando, también, ciencia. La ciencia como corpus creativo crece y se desarrolla gracias a la facultad humana de formular preguntas sobre lo que nos rodea al estar inmersos en un mundo plagado de respuestas y señales. Gracias a ello hemos aprendido que este vasto universo, fascinante y complejo, puede llegar a ser inteligible. Somos quizás los alumnos aventajados de una evolución cosmológica, química y biológica que se ha desarrollado, en un cambiante escenario que dura miles de millones de años, y que ha tomado la sutileza como una de las herramientas arquitectónicas de todo ese magno proceso. De otro modo no comprenderíamos la existencia de la miríada de colores, de formas y tamaños, de sonidos, de escenarios plagados de seres vivos surgidos a partir de la materia simple e informe de una gran explosión inicial. Si miramos a nuestro alrededor con mirada retrospectiva no cabe duda, parafraseando la poética del heterodoxo William Blake, que la eternidad necesariamente debe estar enamorada de las obras del tiempo.



Panel izquierdo de *El jardín de las delicias*, El Bosco.

Nuestra evolución como especie está unida irreversiblemente al cosmos del que procedemos y somos depositarios y herederos de esa sutileza ancestral que nos permite diferenciar, entre otras acciones, mirar de ver y oír de escuchar. De una sutileza que se infiltra en el desarrollo histórico del ejercicio de disciplinas y profesiones. La biología molecular moderna surge del establecimiento del paradigma de la molécula del ADN como depositaria de la información necesaria para constituir un ser vivo. Su desarrollo y la biomedicina actuales son capaces de discernir y diferenciar las unidades de información que son los genes para usarlos como marcadores moleculares, para silenciarlos o para sobreexpresarlos. O, como la nanotecnología aspira en su afán de explorar lo infinitesimal, a poder mirar la «cara» de los átomos. Todo esto no son sino ejemplos de la sutileza de la que hablaba el gran Primo Levi, en alusión al oficio de químico, en su alegato sobre las pequeñas diferencias en la materia.

No es preciso hablar sólo de ciencia para elaborar un elogio de lo sutil. El poeta sabe bien de su potencialidad, necesita de ello para que con un acento, con un monosílabo, modificar la esencia de su discurso poético. Al igual que Jorge Luis Borges, considerado como un auténtico maestro de la sutileza por su uso magistral de la metáfora, la expresión por excelencia de la misma. Como la poeta americana Emily Dickinson creadora de una lírica personal que traza y enreda con una gran sutileza e inmaterialidad, en cortos y bellos poemas, temas como el amor, la muerte y la naturaleza. Algo parecido podríamos decir de la creación y *praxis* musicales. Quienes, por ejemplo, se aproximen con atención a la interpretación de un cuarteto de cuerda no

dejarán de asombrarse que gran parte de la milagrosa belleza de la música surge de la delicadeza, de la sutileza de la vibración acertada, sincronizada y precisa de las cuerdas en un proceso de interpretación, único e irrepetible, de unos pentagramas. Una sinfonía, que aspira siempre a ser una representación peculiar de nuestro mundo, no puede entenderse sin la sutileza de su grandioso cromatismo sonoro. No logro responder sobre qué sería de la música sin la sutileza presente en su creación e interpretación. Resulta inimaginable.

No alcanzamos a vislumbrar cómo se fragua lo sutil en nuestro cerebro, qué señales lo activan, qué códigos se deben desvelar para ello. Aún forma parte del misterio de nuestra mente. Pero debemos celebrar y agradecer que esté en nosotros. Como celebramos que nos sean familiares los antónimos de esta palabra: delicadeza, levedad, gracilidad, agudeza, perspicacia, lucidez, diplomacia... palabras elegantes y nobles, tan escasas en nuestra cotidianidad, que se agrandan cuando pensamos en sus antónimos: tosquedad, simpleza, torpeza... Un dicho popular dice que el demonio está en los detalles. Quiero traducirlo como un reconocimiento de la trascendencia de la sutileza que ronda esos detalles. El gran Hermes Trimegisto, gran alquimista, nos enseñó a «separar la tierra del fuego, lo sutil de lo tosco...» Nuestro Antonio Machado sabía «distinguir las voces de los ecos y escuchar entre las voces, una». Quiero comprender ahora el significado de la definición de mi admirado Argullol: ese silencio que se celebra es el que precede al instante justo en que diferenciamos, sutilmente, lo bello de lo grotesco, la verdad de la mentira, lo efímero de lo eterno. No es poco. Es el particular triunfo de esa belleza que, como escribe Emily Dickinson, sienten los silentes.

Antonio Heredia es Catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Málaga

Este artículo fue publicado, en una versión reducida, en varios diarios del Grupo JOLY en enero de 2014.